



**NUESTRA
PRAXIS**
Literaria

SEIS AÑOS

Autor: Lizbeth López Gómez e Isaac González Ruiz

Lizbeth López Gómez. Asistente de investigación CONACyT en la División de Ciencias Sociales y Humanidades en el Departamento de Derecho de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco, Ciudad de México, México. Contacto: lizbeth.lopez.gmz@gmail.com

Isaac González Ruiz. Profesor e Investigador en la División de Ciencias Sociales y Humanidades en el Departamento de Derecho de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco, Ciudad de México, México. Contacto: isaacuamm@hotmail.com

La joven Madre, hermosa y fuerte, había nacido en un pueblo lleno de cerros, milpas, borregos, vacas y magueyes en Guanajuato. Juliana, su Madre, era una señora que ya había pasado por la pérdida de su primer esposo, que dejó este mundo por una bala fulminante en el pecho, ese primer matrimonio se consolidó a la edad de tan sólo doce años, Juliana recién entraba a la pubertad. Posteriormente se casó con Juan, de esa relación nació la Madre; se trataba, de aquellas escasas mujeres que apenas se atrevían a rehacer su vida, siempre cargaban con el estigma del primer matrimonio fallido, más aun sí había hijos e hijas de por medio. A los once años de edad el abuelo Juan habló con la Madre, aún pequeña, le explicó que su educación había terminado por dos razones justificadas por un sistema injusto, desigual y patriarcal:

que era suficiente para un mujer saber leer y escribir, por lo que las mujeres debían quedarse en casa y conseguir marido que las cuidara y dos, aun y cuando lo quisiera no había suficiente dinero para costear la secundaria. La Madre decidió bajar al pueblo, pues tenía el prurito del saber, de alguna manera se abriría paso, y su tesón le daría la posibilidad de seguir estudiando la secundaria si entraba al convento del pueblo. Un sacerdote y una monja hablaron con su padre, a él había que dirigirse, pues era quien tomaba las decisiones de la vida de sus hijas e hijos; el propósito de aquella platica consistía en pedirle que le permitiera vivir y estudiar en el convento; a ruego claro está, de la Madre que desde niña siempre buscó encontrarle el modo a las cosas. La acerada sujeción doctrinaria del abuelo para con la religión católica le obligó a dar su consentimiento pero sin el apoyo económico requerido. Después de todo, sola y con una bolsa en las manos, en donde apenas cabía una toalla y un jabón entró al convento; ahí estudió la secundaria, pero la fortaleza de su espíritu daba para más, no le eran suficiente aquellos estudios impregnados de dogma.

Buscando un espacio para seguir estudiando, fue a la capital, hoy Ciudad de México. Del primer matrimonio de su padre Juan, contaba en su haber con otras seis hermanas y hermanos; así como otras y otros cuatro del primer matrimonio de Juliana. La necesidad de estudiar la orilló a buscar a una de las hijas de su padre Juan. En aquella casa donde vivió tres años, tal fue la vileza con la que la trataron, que sólo le quedaban en el recuerdo aquellas navidades en donde era encerrada en un cuarto tan reducido que el aire parecía agotarse a la primera inhalación, no se le compartía de las viandas servidas a la mesa de festejos, y no se le permitía salir hasta que salieran las invitadas e invitados. Todos aquellos primeros de enero, cuando llegaba el rocío a las corolas, la exangüe Madre salía de puntitas para ir a la casa de una de las hijas de Juliana, quien le ofrecía comida, un baño caliente y una toalla limpia. Ante estos eventos denigrantes, la reacción de su hermana Felicitas, por compasión o por amor, fue invitarla a vivir con ella. Durante ese periodo terminó sus estudios universitarios, ello la colocaba un paso adelante por amor a sus hijos y al permanente sueño de siempre conservar a su familia;



por un buen rato el frío no le comió los huesos, el dolor de estómago derivado de las horas sin comer se disminuyó y vivió dignamente por un tiempo.

En su último año universitario conoció al padre, hombre mestizo de tradición conservadora de las sierras altas de algún pueblo oaxaqueño, en donde la tradición a la jerarquía masculina enraza una de las razones del machismo poscolonial. Vivieron un tiempo en la casa de Felicitas hasta que la Madre concibió a Morenita, el peso espacial y económico impulsaron a la Madre y el padre a comprar el terreno. En aquella época, la prioridad de la joven y hermosa Madre eran el pequeño y la futura esperanza anidada en su vientre.

La Madre había trabajado desde los 23 años en la administración pública, cuando trabajar en esos espacios con honestidad poco reeditaba, si no es que era mal visto; las razones eran sencillas pero poderosas para una mujer que amaba a su hija e hijo, mantener a dos apremiaba, y ello se hacía razón inminente para vivir; los incansables lloriqueos de ansiedad maternal y el hambre de los tres la abrumbaban, pero no la vencían, su férrea intuición y su instinto de sobrevivencia los haría salir adelante. Se había graduado como contadora, y forjada en la esperanza de alcanzar un trabajo que le diera conformidad y lo suficiente para continuar alimentando a dos que comían por cuatro, con el mismo ahínco que vería la forma de construir un hogar, una aspiración común, en una situación común en los tiempos en que sólo hombre y mujer se asumían indivisibles y unidos para siempre bajo la lapidaria costumbre de la tradicionalidad monogámica. El padre de aquellos críos, quien por supuesto, se supondría que por la construcción patriarcal vista desde el artificial montaje de lo privado, le correspondía la manutención de la familia y, a la Madre el cuidado de la y el menor. O bueno, esa había sido de alguna forma la idealización que la Madre tenía de su relación.

Habían comprado un terreno en donde dos albañiles ayudaban en la construcción de la humilde casa, lo que supondría poco a poco acercarse al ideal de que “el casado casa quiere”, pero la casada, no sospechaba que la colaboración entre dos tenía límites, a veces injustos para una de las partes, se diría que en una relación alguno da más que otro, las idealizada dualidad siempre en condiciones de desigualdad agazapa la ventaja para uno y el abandono para el otro. Desde tempranas horas el padre salía a trabajar, quien sabe adónde; la Madre poco o nada cuestionaba aquellas andanzas, asumía su posición en el universo, sin saber que ella era un universo femenino inexplorado, mágico, donde la belleza y la violencia se conjugan con tal energía que una sonrisa o un llanto del par de hambrientos podía ahogar el dolor que causaba la extrañeza del hombre que ya quería, y justificar así su ausencia; en tanto, cumplía con las tareas del hogar, pero los centavos que difícilmente le daba el padre no alcanzaban para llenar la barriga de dos años de su hijo, ni su barriga que compartía con la niña que ya gestaba con todo el deseo de su ser. El frío natural de la tierra o el calor penetrante del cielo en ocasiones le obligaron, claramente por amor, a realizar las funciones de albañilería para que la casa fuera, lo más pronto posible, el hogar cálido y seguro con el que soñaba, en donde su hijo sería cuidado, no obstante de las inclemencias temporales, también de la adversidad que se impone al crecer entre la fragilidad social; y que también sería tan fuerte ella como la casa que construía, con un techo que cubriría el cuerpo de la niña que por primera vez, y llegado el momento, bajo un techo seguro y protegida entre los brazos de su Madre. Pero cuando se nace en un tiempo en el que el padre, con toda su construcción patriarcal, y con escasas posibilidades de contar con un trabajo bien remunerado cuando quería le daba a Bartola los tres pesos para pagar el teléfono y la luz, pero nunca suficiente para la comida, el sufrimiento por las carencias siempre se asomaba.

En ocasiones, el padre invitaba a la Madre a las asambleas de un partido político conservador y de derecha que alguna vez fue oposición del que por décadas fue el hegemónico, la similitud entre un partido patriarcal y la costumbre de que al hombre se le asignara la proveeduría de la familia, no era casual: la ideología de estado siempre moldea el pensamiento de sus súbditos, es una cuestión de control social, entonces se puede esperar que el hombre hegemonee el control familiar. El padre



siempre albergó la posibilidad de hacerse de un cargo político, un puesto que nunca llegaría en la forma deseada. Pero, para la Madre, de tradición católica, los cimientos ideológicos de aquel partido le eran afines, por lo que su participación le fue análoga a su construcción de principios de infancia y adolescencia; sin olvidar nunca el motivo más grande que la paraba en ese empeño, la necesidad de alimentar dos criaturas, no había reposo, ni tregua. En tratándose de una época electoral, cualquier voto, aunque fuese de una mujer, era útil para los fines de los poderosos, así que la joven Madre, había encontrado un lugar donde descubriría su vocación de oradora, no sabía del poder contenido en sus palabras hasta que sus diálogos y más adelante sus discursos, lograrían convencer a otras mujeres; fue bien recibida por la organización que apreciaba sus dotes, pero no corría la misma atención con su esposo, quien a pesar de llevarle 14 años de edad, veía en ella no a una compañera, sino a una rival. El ascenso de la Madre en aquella estructura política era avasalladora y aplaudida por muchos y muchas, pero también socavó y obnubiló el ego y la “masculinidad” del hombre que amó; en ese “éxito laboral de la feminidad” se esconden pasajes oscuros en donde se encierran y ocultan historias de acoso y violencia, tan comunes en casos de mujeres que desnudan la inseguridad de los hombres que dicen amarlas.

Pronto las carencias desaparecieron. Los viajes al extranjero de la Madre eran frecuentes; a los ojos de la pequeña resultaban eternas las semanas en los que la Madre se iba, su azorado corazón extrañaba a mares los momentos para encontrarse con su Madre. Morenita, en sus reflexiones, suponía que la responsabilidad de las hijas y de los hijos es compartida, o eso le habían enseñado en las clases de la primaria. Por supuesto, que si mamá faltaba, papá debía cuidarlos. Este, cansado y agotado de la responsabilidad que se había echado a costas, sin entender por un momento que el hijo y la hija son dos personas que se protegen durante un tiempo pero que se aman de por vida, carente de conciencia de un amor paternal, declinaba su responsabilidad y la depositaba a su hermana Estela, quien realmente solo entretenía al par de pequeños inquietos, se salvaba de la tortuosa alimentación, vestido, baños de los que se encargaba Cristina (joven de 16 años que cuidó a él y la pequeña durante varios años). Estela, mujer robusta, de cabello corto, que siempre vestía falda, se observaba celosa de otra hermana mujer; miraba con recelo los regalos de calidad de vida que con el esfuerzo de trabajo conseguía la Madre. Pronto esa falta de sororidad, se materializaría en un acto perverso.

De ahí que le viniera bien al padre, pasar el menos tiempo posible con su hijo e hija, de cualquier manera el cuidado ya no lo quería, para eso estaba su hermana, pero al no poder escapar de aquellos días en que no quedaba de otra más que permanecer con la niña y el niño, eran dedicados a forzar un conocimiento histórico del mundo, ello incluía visitas a museos, lectura de enciclopedias, historias de la conquista; pero, mientras todas esas actividades se realizaran, cualquier conducta inherente a la felicidad infantil, al juego casual, a la distracción graciosa, debía ser suspendida o guardada, ningún ruido podía perturbarlo, ni siquiera la liberación de la emoción más pueril y poderosa de la esencia de la alegría humana, la risa; para forzar el silencio tomaba por la parte trasera el cuello, ejerciendo presión, sentenciaba a cada quien un ¡sosiégate!

La Madre había aprendido que el compartir con la familia cualquier logro o mejora, era lo normal, privada de afectos y constantes carencias en su pasado, dar era lo único para lo que servía a su propósito de mantener en las mejores condiciones a sus vástagos; sin embargo, para el padre que se encontraba siempre deseoso de saciar las mieles de reconocimiento público, vería frustrada su ambición, en tanto que, su esposa ascendía a los espacios de reconocimiento que se reservan para los luchadores sociales con entrega, aquello le generaba poco a poco una enviada que le corroía el corazón y de la misma manera se lo carcomía, borrando en esa forma la buena persona de la que se había enamorado la Madre. Entregada la Madre, le dio todo: trabajo, desvelos y dinero, para ella nunca hubo un mío sino un nuestro. Ella, se convertía así en la proveedora, un rol social atribuido en exclusivo para los hombres, pero a diferencia del deseo ominoso de sacar ventaja ante la frustración



guardada, la Madre compartía, le ayudó a instalar un despacho, a viajar a varios países, a tener una vida como pocos maridos, incluso, podía estar orgulloso de contar con una compañera que había conquistado ámbitos de la política en los que la lucha social necesitaba urgente de la pluralidad sexual, y romper con los estereotipos vulgares de los hombres emasculados casados con mujeres protagónicas. Para el padre nunca fue suficiente.

Mientras tanto, Morenita, en las noches de desvelo, escuchaba el tic-tac de un reloj del mago de oz que su Madre le había traído de uno de sus viajes al extranjero. Se concentraba en su pausado sonido para evitar escuchar el llanto desconsolado de su Madre. Quizá con los años entendería la razón del mar salado que su Madre había creado y los motivos del océano que acaban por separar a las personas.

Los años corrían y la Madre escalaba peldaño a peldaño la pedregosa montaña laboral dominada por hombres. Fue una propuesta de trabajo la que forzó a la Madre a romper las cadenas que por centenares de años sujetan a una mujer para no poder decir basta a las relaciones de violencia. La propuesta implicaba extenuantes viajes por carretera. Ella ya había repasado en su mente, los viajes que tendría que hacer y el tiempo que le demoraría volver a su casa, según las cuentas le tomaría dos horas, quizá algunos días el cansancio la vencería, y no podría manejar para ver a sus dulces amores, así que decidió a adquirir un departamento con la intención de hacer un hogar para los fines de semana. Con la seguridad de un amor recíproco entre su esposo y ella, pensó que él celebraría la decisión, suponía una algarabía de cuatro, por tanto, él tomaría las riendas del cuidado y educación del hijo y la hija, con el mayor agrado y compromiso paternal. Demasiada alta resultaba la apuesta, las decisiones abyectas de un padre sólo de nombre, depararían otra cosa.

En tanto, los viajes del padre eran más frecuentes que de costumbre. Inclusive, con ayuda de la Madre, el padre adquirió la propiedad de una casa en otro estado y frecuentemente pasaba semanas en ella sin su familia. Morenita no sufría esa ausencia, al contrario, como en un feriado, su hermano y ella disfrutaban la algarabía que tanto detestaba el padre, vivían cada instante con fervor loco al tiempo libre, el tiempo que en la niñez se construye a partir de la salpicadura de mermelada, la fiesta de disfraces, o la película con palomitas, era una manera de celebrar la felicidad de su Madre, pues ella lo hacía posible; ¿cómo es que una niña tan pequeña prefería ver lejos al padre de su Madre? motivos no faltan cuando el padre colocaba sendas piedras justo frente al amor de su hija e hijo, esa muralla terminó por hacerlo ajeno a ojos bien abiertos de una niña que cuestionaba hasta porque la mosca no volaba, una mirada escrupulosamente sagaz, registraba hasta el más mínimo detalle. La Madre consciente de aquel manifiesto desapego del padre a ella y los críos, decidió que lo mejor era llevarse a vivir a su hija e hijo al departamento. De cualquier forma, podrían ir a la casa a ver su padre, ahora los fines de semana.

Con escasos seis años de edad, Morenita, vio cómo se rompió el sueño de su Madre, todo comenzó cuando en un fin de semana su hermano, se encontraba en su cuarto escuchando música a alto volumen, desde el cuarto de en medio en donde ella estaba jugando, escuchó el tremendo alboroto que causó una canción en los oídos de su padre, nada para bien, y si todo para mal. La primera llamada de atención fue un reclamo al menor de apagar su radio y dejarlo dormir. La niña no se sorprendió, era cotidiano el enojo de su padre cuando su sueño era alterado, pero al escuchar a su Madre pedirle al padre consideración con su hijo, entendió que se venía una tormenta. El padre, agitado y enojado tan característico de los hombres hechos a la medida de la violencia que les arrancó sentimientos a mas no poder; salió del cuarto de la Madre azotando sus enormes pies contra el suelo y manoteando para atemorizar a la Madre que asustada le pedía se detuviera en el camino al cuartel de su hijo. El hombre, con mayor fuerza que la de la Madre, la quitó de en medio. La pequeña pausó sus juegos, y entre abrió la puerta para ver y escuchar mejor lo que pasaba, de pronto, el gigante irrumpió en el cuarto de su hermano. El miedo de la pequeña no le detuvo para seguirle y observar lo que a continuación le inti-



midaría terriblemente, pero a la vez le molestaría. El padre golpeó el tocadiscos con el puño cerrado, se botó la puerta del compartimiento, y arrebató el disco inserto en el dispositivo, lo rompió en pedacitos y los estrelló contra el piso mientras vociferaba su justificación: no había nada más importante que su tranquilidad y sueño, nada. El pequeño saltó de la silla y se apartó de la mesa en la que ensamblaba su nave espacial; se movió con temor hasta la esquina de su cuarto, pero en la mirada del pequeño, encorvado, en aquellas aristas, una chispa de rabia lo irguió, le acomodó sus hombros y lo llevó a enfrentar al padre. La Madre con todo y llanto levantó la voz amenazándolo ¡no te atrevas a tocarlo!, mientras la pequeña se guarecía atrás de la Madre. El pequeño se lanzó contra el padre con los puños cerrados, sus ojos bien abiertos y la pupila dilatada; mientras las lágrimas corrían los golpes que encestó en su padre fluían. El padre colérico detuvo retador el frágil cuerpo de su hijo, la Madre observó el momento exacto en que el padre cerró su puño y se disponía a golpear al menor. En ese instante, la Madre detuvo con coraje su llanto, tomó al padre por los hombros, y con una fuerza irreconocible lo miró a los ojos y le gritó que se fuera ¡vete, vete de aquí! Así fue.

Dos semanas después, el padre daría cuenta del asalto a su propia casa, llevándose todo; la vecina de la Madre, refirió que la noche del robo Estela, hermana del padre, se había llevado en los camiones de mudanza cuanto encontró. Nunca más volvió a ver su vestido de novia ni los bienes que había comprado con su tiempo y esfuerzo. Ocho meses más tarde sería el último día en que vio a su esposo y que su hija e hijo le escucharon. Tan sólo había venido a pedir la casa, el no de la Madre retumbó en las paredes del departamento y el padre se fue sin mirar atrás.

A la mañana siguiente del fatídico enfrentamiento, entre su padre, hermano y Madre; Morenita tenía su primer día de escuela en otra primaria, no conocía a nadie, miraba a su alrededor para encontrar alguien, olvidar y no sentirse sola. Su mirada se perdió en un pequeño que observaba el piso como si fuese un risco profundo, oscuro y vacío. La sangre en su oreja y la silueta resaltada del ojo violáceo le hizo recordar a su hermano, pensó que así se vería si su padre le hubiera golpeado. Asustada y preocupada por él, le tocó su lóbulo y le preguntó ¿por qué tienes el ojo morado y tus orejas tan rojas?, pero no obtuvo respuesta más que una mirada con una chispa que ya había visto en los ojos de su hermano. Pero inexplicablemente, la mirada cambió; las niñas y los niños maltratados cambian su forma de mirar, pierden un brillo que parece como si se apagara el sol, y como si se abandonaran, empacando el cielo para no compartirlo, ya era irreversible mirar al nuevo horizonte que presagiaba incertidumbre.

||

Con escasos seis años era imposible contener la fuerza irónica del gigante que lo sujeto de la mano, un Goliat que se había adiestrado en las labores de la policía de los años 70's, el trabajo que para la época, requería de brutalidad solapada e indolencia a la hora de torturar; al presionar tan fuerte el antebrazo cortaba la circulación de la sangre del pequeño puño, a tanto en tanto, se sacudía y retorció el cuerpo infante como resistirse a la amenaza cumplida de ser enfundado en un vestido de niña que previamente el ejecutor había ordenado se lo entregara una de las hermanitas del niño. El forcejeo entre el enorme hombre y el infante iniciaba al comenzar quitándole el menguado trozo de camiseta, mientras, ironizaba con el coleteo del pequeño cuerpo, al tiempo que entre una risa sádica, musitaba ¡las viejas no se defienden, si te dejas pegar por los demás entonces eres una niña, por eso te voy poner el vestido, para que aprendas a defenderte cabrón! Sentenciaba el Padre, el chirriar de sus dientes presagiaba la decisión de una larga batalla. Los gritos del menor comenzaron a ahogarse entre el llanto desesperado y un dolor agudo en el



hombro que le había paralizado el brazo completo por la presión ejercida en el pequeño trozo de extremidad; las hermanitas, miraban atónitas con aquellos ojos pequeños y arrinconados en sus propias cuencas llenas de lágrimas de no saber nada de lo que pasaba, no había explicación del por qué el hermano debía usar a la fuerza un vestido de mujer ¿era un castigo? ¿Qué habría de niña en ese niño que se resistía contra toda su voluntad a serlo? presas del terror que les causaba la lucha desigual entre el gigante y el pigmeo que se defendía estoico con pies y la mano que le quedaba libre, ellas sólo se tomaban con sus manitas, no fuera que a su Padre se le ocurriera algo peor para ellas. Los gritos que salían de la garganta con dificultad articulaban palabras, sólo gemidos graves del descomunal esfuerzo que un alma infante suele emitir cuando sufre; algunos eran audibles ¡Mama, Mamita, ya no, ya no, ya no! La Madre se encontraba en otra habitación, ausente de todo y de todos, sedada, pues el efecto postoperatorio después del rompimiento de la vesícula biliar y una complicación en el hígado la tenían postrada en un camastro, con fiebre, sus dolores eran apaciguados con somníferos potentes; ninguna ayuda podía esperarse, la suerte de la batalla estaba echada; en tanto, afuera, la lucha desigual continuaba; el pataleo no cejaba, las piernas seguían sacudiéndose tal cual pez recién sacado del agua, convulsionándose entre sus estertores, intentando resbalarse entre las manos del pescador para ver si logra escapar, pero la mirada fría y sin piedad de su depredador se negaba a devolverle al agua; un objeto fue alcanzado con la mano libre y arrojado al cuerpo del opresor, sin hacer mella alguna alcanzó al gigante, pero con ello logro enfurecerlo más de lo imaginado; respondió con un golpe feroz en la pequeña cabeza, la palma abierta de su enorme mano cayó sobre el pequeño torso, y para tener mejor control de esa humanidad retorciéndose y resistiendo hasta donde sus energías alcanzaban, empujó la pierna acompañada de los más de noventa kilos sobre la espalda enjuta y desnuda; ya boca abajo y contra el suelo, el vestido comenzó a entrar pues la resistencia pueril que nunca fue suficiente adversaria empezaba a ceder; había que poner el vestido de una u otra manera, la tela cortaba las axilas y le friccionaba la piel del delgado cuello; poco a poco el excesivo peso hizo presión hasta provocarle la asfixia, su frente y mejillas palidecieron, y la inocua resistencia de esa endeble humanidad finalmente cedió junto con los esfínteres, el esfuerzo había sido más grande que su espíritu combativo, la orina comenzó a escurrirle entre sus piernas lánguidas, el gigante vociferaba ¡ya te orinaste cabrón, pero de todas formas te lo vas a poner, cómo no! La asfixia comenzaba hacerse cada vez más evidente; el comienzo de un sueño salvador había llegado justo a tiempo, era el momento de abandonar toda lucha, sus brazos blandengues cayeron como ramitas secas de un follaje invernal, la respiración se paró. Al notar el gigante, el desfallecimiento del pequeño cuerpo lo sacudió con tanta fuerza que lo reanimó, algo lo asustó que hizo que se desistiera de su atroz empeño de hacer femenino por fuerza lo que había construido como masculino por impronta.

Los días más esperados eran los de la ausencia del padre, una porción en el tiempo de gran alivio para una niñez que fácilmente se distraía en las cosas más esenciales de la vida, cualquier cosa que hiciera olvidar los estragos dolorosos de las amenazas cumplidas de hacerlo a su feminidad forzada, siempre vendría bien. En un pequeño patio de cemento, tendido sobre un lavadero miraba el cielo azul, viendo pasar los aviones, pero especialmente aquellos que pintaban una rayita en la estratósfera, cuánto tiempo se llevara el humo dejado por el avión borrarse o terminar fusionándose con las nubes, dependía de la imaginación enemiga indomeñable del tiempo; el reflejo de su rostro proyectado en la pileta a medio llenar se dibujaba en lo que parecía una enorme piscina profunda y lamosa, mirando como la tortuga verde que vivía en el fondo se movía cauta y sin prisa, sintiéndose observada se ocultaba en su concha al menor movimiento extraño en la superficie. Todo aquel pequeño universo perdía armonía cuando era interrumpido por el grito



abrupto del Abuelo; un hombre viejo, rechoncho y de pelo muy cano, abdomen abultado, con los pantalones siempre subidos hasta arriba del ombligo ceñidos por un grueso cinturón, y una sirena bien tatuada que reposaba en su antebrazo derecho; el viejo, era guerre-rense y soberbio, no perdía ocasión para regañar a la Abuela cuando hablaba en náhuatl; ella era de un pueblo llamado Aljojuca, una región indígena del estado de Puebla; ¡no les hables así –decía–, no te entienden, habla bien, como la gente! seguramente la reprendía porque tampoco le entendía; pero sin arredrarse, como quien entierra los pies en la arena, no dejaba de hablar en su lengua, pues seguido lanzaba al infante, expresiones como xiah sayolin (vete mosca), tal vez por resultarle tan molestas sus travesuras y por momento sus presencia, o como cuando se refería con cariño a las hermanitas konetl yolotl (hijas del corazón), pero al viejo le tenía siempre reservada una expresión en momentos de exacerbación con tanto regaño y, que siempre lo decía mascullando yolkakuali (bestia de cargar). la Viejita, de ojos pequeños y alargados y pelo entrecano, siempre incapaz de levantar la voz al viejo, silbaba al realizar sus quehaceres, barría con dificultad, debido, seguro, al dolor de sus piernas por tanto cargar los botes de agua que sacaba del cráter profundo cuando niña, y que había que trasladar hasta la morada donde vivía; el sufrimiento infligido en la niñez es un pequeño dolor llevadero que se hace un gran dolor insoportable cuando se queda atrapado en la adultez; de repente medio tarareaba una melodía acompasada del restregueo enérgico que hacía en el lavadero cuando lavaba la ropa de ella y la del viejo, si la ropa no quedaba limpia a satisfacción del viejo debía volver a lavarla; tampoco escapaba de la revisión minuciosa de todas las verduras, frutas, trozos de carne y lo que hiciera falta en la rustica cocina que previa lista en mano le eran mandados a comprar, de todas formas ella guisaría dirigida por su mandamás, el infante servía de pequeño cargador y de lector, pues debía leerle la lista de los encargos, y cuando iba sola, lo hacía el tendero del puesto, las monedas las reconocía por tamaños y colores, el Viejo siempre le daba lo justo. A veces era atrapada por los ojos del infante: abatida, sin expresión, seguramente porque no había manera de romper una rutina fatal que le arrebatara algo, no se sabía qué era, hasta que un día dejó de lanzar palabras en su lengua, se había muerto el habla ancestral, y sofocado por fin y para siempre el fuego de la palabra suya, la expresión que sonaba diferente, la que nadie quiso aprender y todos negaron -seguramente por prejuicios racistas-, la que la hacía sentir de verdad, y que seguramente la trasladaba en sus sueños a un lugar de fantasía, donde sus ancestros jugaban y se enfrentaban a míticos animales; la Viejita había empezado a morir, porque muerta su habla, muertos sus sueños y alma.

Sin embargo, algo no encajaba, al Viejo le gustaba cocinar, hacía platillos verdaderamente sorprendentes, como animales horneados rellenos de argamasas de verduras, cuando guisaba el ambiente se impregnaba de ajo y cebolla bien acitronados, podía preparar cualquier cosa, y le quedaría delicioso, sólo guisaba en ocasión de reuniones especiales, las tías se reunían para aprender lo masculino de lo culinario o, lo culinario de alguien masculino. Guardaba celosamente sus recetas transmitidas por un cocinero italiano que lo instruyó cuando se subió de polizón a un buque italiano en la costa de Acapulco; de ésta manera se ganó un respeto muy extraño, pues criticar al pater familia era un acto irreverente; ninguno de los yernos se atrevía a cuestionar el sabor de los guisos; pero el misterio crecía, ¿por qué un hombre guisaba, y no se le acusaba de afeminado o, se inten-



taba entre todos ponerle un vestido a esa edad? ¿Las labores de la mujer podían ser compartidas por hombres viejos, acaso se transfiguraba la feminidad reprimida por la rígida solemnidad del más viejo, o existía acaso hipocresía en las asignaciones de los actos de hombres y mujeres que podían mutar de una forma a otra, hasta que las distinciones sólo se hacían a conveniencia o al gusto? todo era tan confuso.

De vuelta la llegada del padre, vuelta al aprendizaje de la masculinidad forzada; el miedo nuevamente se aliaba con su centro, penetraba por su pequeño cuerpo como una fiebre sórdida, inoculada por la sombra del terror a ser el saco de las miserias culturales legadas por generaciones pasadas, los temblores incontrolables que hacían chirriar los dientes tocaban la puerta al mundo del encierro de los sentimientos que desean ser libres entre los valores planos. ¿Qué se guardaba ahora en la mente del ignoto soberano de la hombría?; no lo sabría, hasta el momento de comenzar la lección o el castigo, el cuerpo era el blanco de la clase y la clase era domar ese cuerpo, apagar cualquier luz de lo femenino. La Madre más recuperada, daba las noticias de los sucesos relevantes: ¡este niño cada vez que sale a la calle, entra golpeado y llorando, no sabe defenderse, los demás niños le gritan marica, ya le he dicho que se defienda, pero no quiere, el otro día me llegó con la nariz sangrando!; el padre no dijo nada sólo lo miró pero su rostro cambio, algo se veía venir; la ferocidad de la calle para un niño, era el lugar ideal, para desde el comienzo de la vida, saber tomar fuerza en el laberinto de las decisiones, fácil de entrar difícil de salir; el barrio, no distingue naturalezas, se libran batallas entre los más aptos, los más débiles y los más fuertes, no deja opciones, cualquiera se empapa de violencia, de sangre, al secarse se sobrevive, incluso en el proceso se perece. La ocasión no esperó demasiado, era el momento de volver a enseñar castigando el cuerpo como se es macho u hombre, en realidad daba lo mismo, en un lugar donde la dominación se masculiniza, la apuesta no es de selección natural sino de idiotas dispuestos a seguir patrones. El Padre y la Madre, salieron, y el infante se quedó con su temblor; al regreso el Padre lo llamó, y de una bolsa sacó dos pares de guantes de boxear, unos más grandes que los otros, de inmediato le ordenó extender el corto brazo y abrir la menuda mano, le enfundó un guante de color con el puño negro y la palma amarilla, ajustó unas enormes agujetas amarillas alrededor de la muñeca tan fuerte que apretaba demasiado, aquel armado más parecía un par de aceitunas ensartadas en palillos; así que, por más ajustados que estuvieran los guantes de cualquier forma el sudor haría que se resbalaran y acabaran saliéndose en las primeras esgrimidas; el Padre se colocó sus guantes, parecían enormes mazos; a la primer instrucción se alistaban para levantar la guardia ¡levanta las manos, así, mírame, si te dan un golpe, pones las manos, y nada de llorar cabrón! y los golpes comenzaron a tundir de nueva cuenta al pequeño contrincante ahora disfrazado a la fuerza de boxeador; de nueva cuenta el enorme Goliat contra el pigmeo, la defensa no iba a más, y no se veía cómo en justa tan desigual, ridículamente balanceaba los pequeños puños como hatos atravesados por una endeble vara, la mezcla del terror y el coraje de los dolorosos asestes en el pecho, en la cara, en el estómago, en las costillas, donde fuera; la manida infancia no era, nunca fue un lugar seguro, en tiempos en que niñez significaba causa de domesticación, amansamiento, rompimiento de un interior para darle forma desde el exterior con la valoria vigente; el pequeño púgil apenas atizaba manoteando contra los cinco y diez golpes



que le tundía el Padre: ¡levanta las manos, cúbrete la cara, no cierres los ojos y mírame! ¿Te duele, te duele? ¡Pues pégame, y no llores cabrón, vas a aprender a meter las manos! ¡No quiero un hijo marica! Los golpes del padre hacían caer de un sentón al infante una y otra vez; la advertencia era inmediata ¡levántate y no llores!; el coraje se abría camino a cada golpe que le penetraba en la cabeza y en el rostro, en las orejas, tan inflamadas de tanto tallón del vinil quemante de los guantes, era demasiado castigo, no resistía más, debía rendirse, bajar la guardia, o de lo contrario los golpes seguirían penetrándolo; más luego, algo dentro del infante había cambiado, cierto, se había roto algo más, pero esta vez era distinto, una fuerza que nunca había sentido, porque antes, el miedo reinaba y nada hasta entonces había logrado expungar sus temores, tan solo acrecentarlos, hasta no poder más con su enorme carga, era demasiado peso para una enjuta espalada, los miedos se habían transformado en un poder, inexplicable pero sumamente seguro, lo comenzó a confortar, a seducir, la fiebre de miedo que lo había invadido antes ahora se volvió su aliada, sus ojos erupcionaron, corrió lava por su venas, había aprendido a odiar; y comprendió que si quería imponerse debía aprender a odiar al enemigo, al niño que lo golpeaba en la calle, al que no debía ser niña, a su padre; el odio al otro era una forma de sobrevivir.

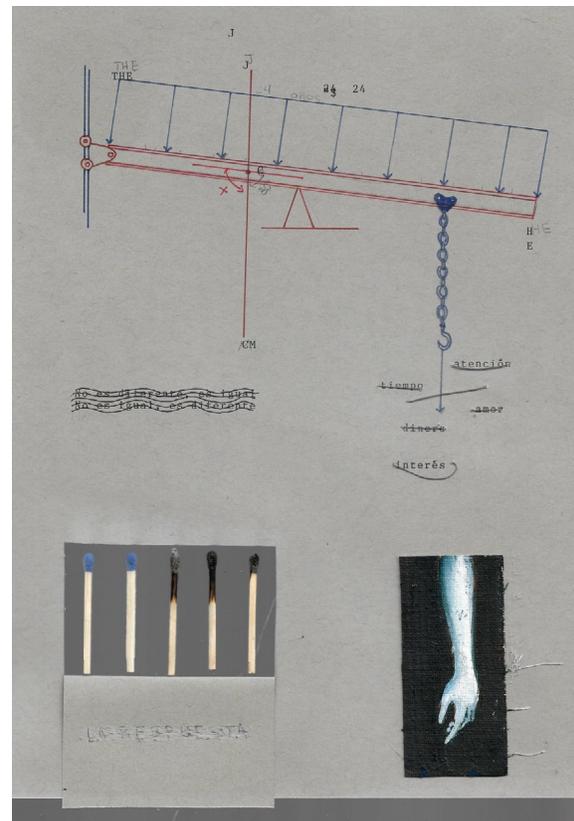
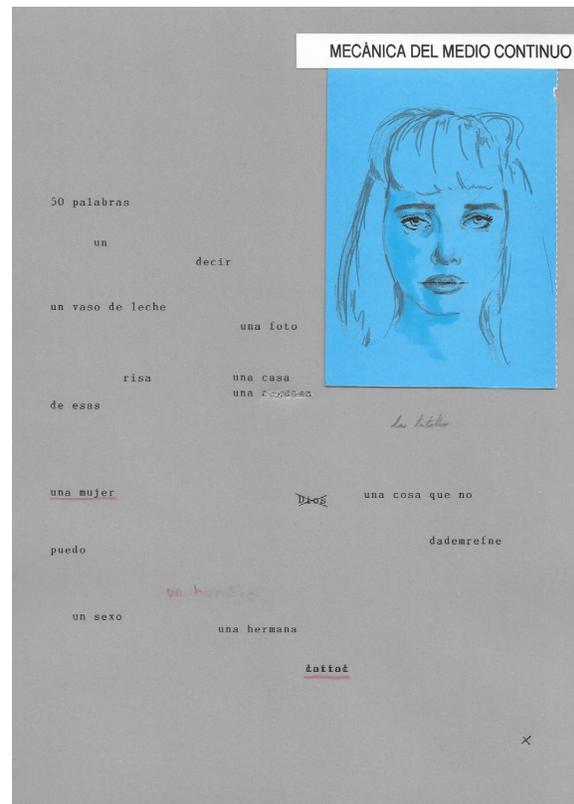
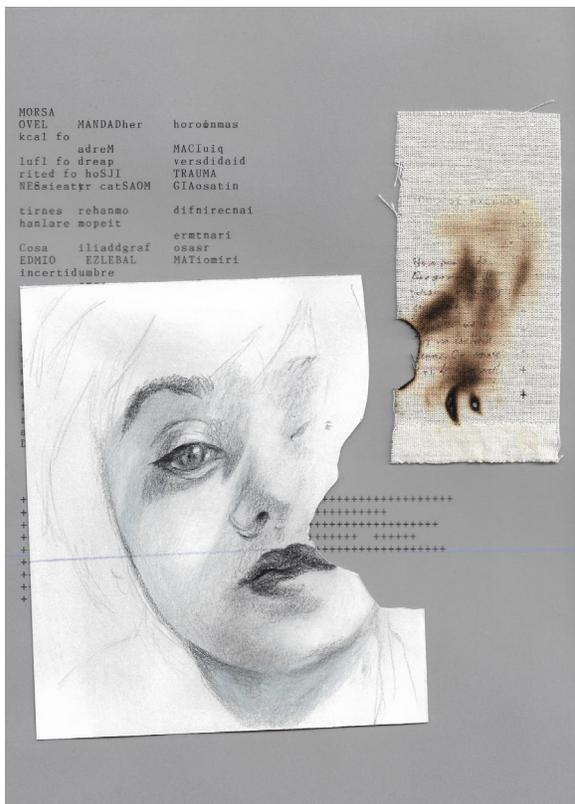
III

El primer día de clases la niña y el niño, fueron sentados más a la mala que a la buena suerte de un niño que no quería saber nada de niñas ni de nadie, se mostraba desconfiado y receloso de tener tan cerca a alguien que representaba la feminidad que tanto se le entrenó para rechazar; la niña que siempre olía mal a los niños, porque eran como pequeños seres raros que la naturaleza los había revolcado en no se sabe que sustancias fétidas que los hacía enteramente desagradables. Sin embargo, la niña no quitaba la mirada de la silueta resaltada del ojo violáceo de su compañero, observaba con gran asombro las orejas raspadas e hinchadas -resultaba común encontrar pequeños golpeados en los salones de clase por sus Madres y padres a manera de justicia educacional-; la niña estiró un dedo para tocarle al niño un lóbulo con una costra de sangre seca, él retiró de inmediato su mano, pues al mínimo testereo aquello produciría dolor; la niña intrigada preguntó ¿Por qué tienes el ojo morado y tus orejas tan rojas? el niño permaneció mudo, pero contestó con una mirada de fuego clavada justo en el centro de esos ojos color bellota redondeados por pestañas enormes. En el momento en que parpadearon las pestañas se movían de arriba para abajo como dos enormes abanicos que soplaban un aire peculiar, de ternura y compasión, las pestañas de Morenita lo tenían perplejo, nunca había visto nada igual; eran tan largas y rizadas que de sólo mirarlas daban cosquillas. Después de todo lo único seguro hasta ese momento parecía ser el cobijo que le daba aquella mirada compasiva y juguetona resguardada en aquellas pestañas de sueño. Pues más allá de esos episodios negros de dolor y miedo, eran la única compañía que podía darle seguridad, aunque fuera por un momento.





**NUESTRA
PRAXIS**
Gráfica





**NUESTRA
PRAXIS**
Publirreportaje

SE REALIZA MARCHA FEMINISTA EN CIUDAD JUÁREZ

Autora: Alma Melgarito

Foto: Marcha feminista en Ciudad Juárez del 16 de agosto de 2019. El contingente partió del Museo de la Revolución en la Frontera (Muref), en la calle 16 de Septiembre, hasta el Centro de Justicia para las Mujeres.

Ciudad Juárez, México. Al grito de, ¡No nos cuidan, nos violan! El 16 de agosto de 2019 se llevó a cabo la marcha “Del glitter rosa” en la ciudad fronteriza de Ciudad Juárez. El contingente partió del Museo de la Revolución en la Frontera (Muref), en la calle 16 de Septiembre, hasta el Centro de Justicia para las Mujeres. Se trata de la respuesta local a una ola de protestas feministas ocurridas en México a partir de la

denuncia hecha por colectivas feministas en la Ciudad de México en repudio a la violación de una menor de edad por parte de cuatro policías en esa ciudad. Por considerarlo de interés, a continuación reproducimos el comunicado firmado por la colectiva “Hijas de su maquilera madre”, en la página de difusión de la movilización.

Glitter Rosa Ciudad Juárez

El viernes 16 de agosto se realizó en Ciudad Juárez y en distintos estados del país protestas simultáneas en contra de la represión por parte de las autoridades al movimiento feminista a nivel nacional. Esta represión surgió a partir de la denuncia masiva y pública realizada por mujeres y grupos feministas en la Ciudad de México, quienes repudiaban la violación cometida a una menor de edad por parte de cuatro policías. La protesta fue criminalizada por las autoridades capitalinas tachando a las compañeras de provocadoras por haber roto cristales, rayado paredes y aventado diamantina rosa al jefe de policías de la Ciudad de México, mismo que amenazó con abrir carpetas de investigación a las



protestantes por dichos hechos, sin embargo, somos las feministas enfurecidas las provocadoras, cuando es la propia fiscalía quien provoca perdiendo las pruebas de ADN y filtrando datos personales de la víctima a los medios de comunicación entorpeciendo una vez más el debido proceso para la obtención de justicia en el caso. Se hace evidente que las autoridades nos han colmado la paciencia y que hemos llegado al hartazgo por sus trabajos ineficientes y en sus casos nulos o negligentes. Nos han dejado claro que la búsqueda de justicia por la vía legal es perder el tiempo y a veces hasta contraproducente y que en este país es más penado romper un vidrio o lanzar glitter, que violar, desaparecer o matar a una mujer. Es por esto que en todo el país miles de mujeres salimos a manifestarnos bajo el hashtag #NoMeCuidanMeViolan. En Ciudad Juárez más de 80 personas





para la obtención de justicia, pero además, permitiendo que tres de los cuatro docentes de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez acusados se fueran prófugos. Por estos motivos salimos a manifestarnos, a exigir justicia, a mostrar nuestra rabia, a gritar consignas y a lanzar glitter rosa como forma de protesta, como forma de exhortar a las autoridades a que hagan bien su trabajo. A exigir que no nos violen y que no nos maten, que queremos una vida digna, sin miedo, que queremos ser libres y vivir sin violencia machista.

Ciudad Juárez Chihuahua, México #HijasdeSuMaquileraMadre

Fuentes:

Hijas de Su Maquilera Madre (2019, 16 de agosto). Marcha #NoMeCuidanMeViola Ciudad Juárez [Actualización de estado de Facebook]. Recuperado de <https://www.facebook.com/pg/HijasdesuMaquileraMadre/photos/?tab=albums>.



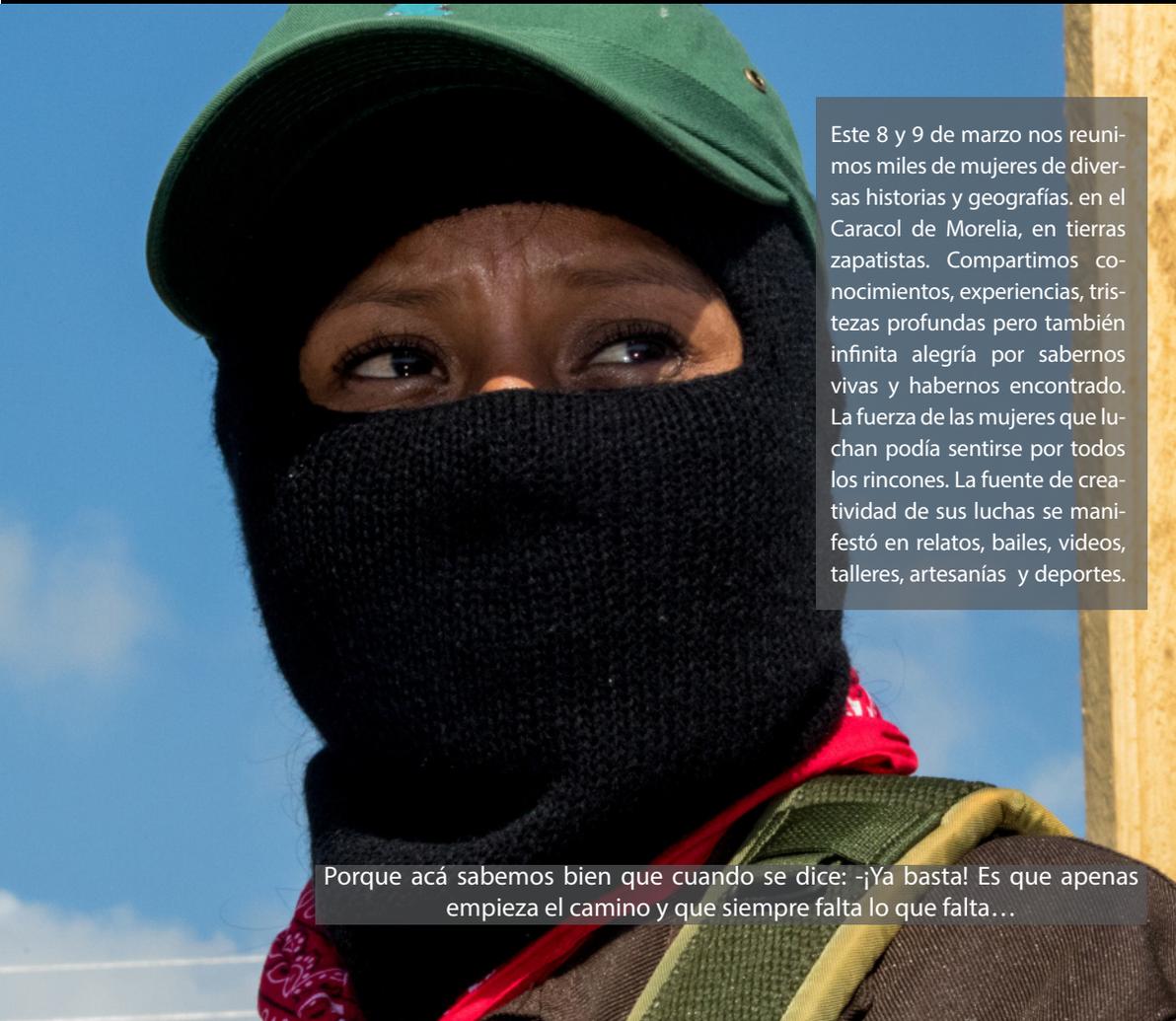


**NUESTRA
PRAXIS**
En movimiento



“ACORDAMOS VIVIR, Y COMO PARA NOSOTRAS VIVIR ES LUCHAR, ACORDAMOS LUCHAR”

Autor: Blanca Estela Melgarito



Este 8 y 9 de marzo nos reunimos miles de mujeres de diversas historias y geografías. en el Caracol de Morelia, en tierras zapatistas. Compartimos conocimientos, experiencias, tristezas profundas pero también infinita alegría por sabernos vivas y habernos encontrado. La fuerza de las mujeres que luchan podía sentirse por todos los rincones. La fuente de creatividad de sus luchas se manifestó en relatos, bailes, videos, talleres, artesanías y deportes.

Porque acá sabemos bien que cuando se dice: -¡Ya basta! Es que apenas empieza el camino y que siempre falta lo que falta...





"Este encuentro es por la vida y nadie nos va a regalar eso, ni el dios, ni el hombre, ni el partido político"



¡Nunca más un mundo sin nosotras!





"Entonces podemos escoger hermanas y compañeras, o competimos entre nosotras, al final del encuentro vamos a darnos cuenta de que nadie ganó, o acordamos luchar juntas como mujeres que somos en contra del sistema capitalista patriarcal!"

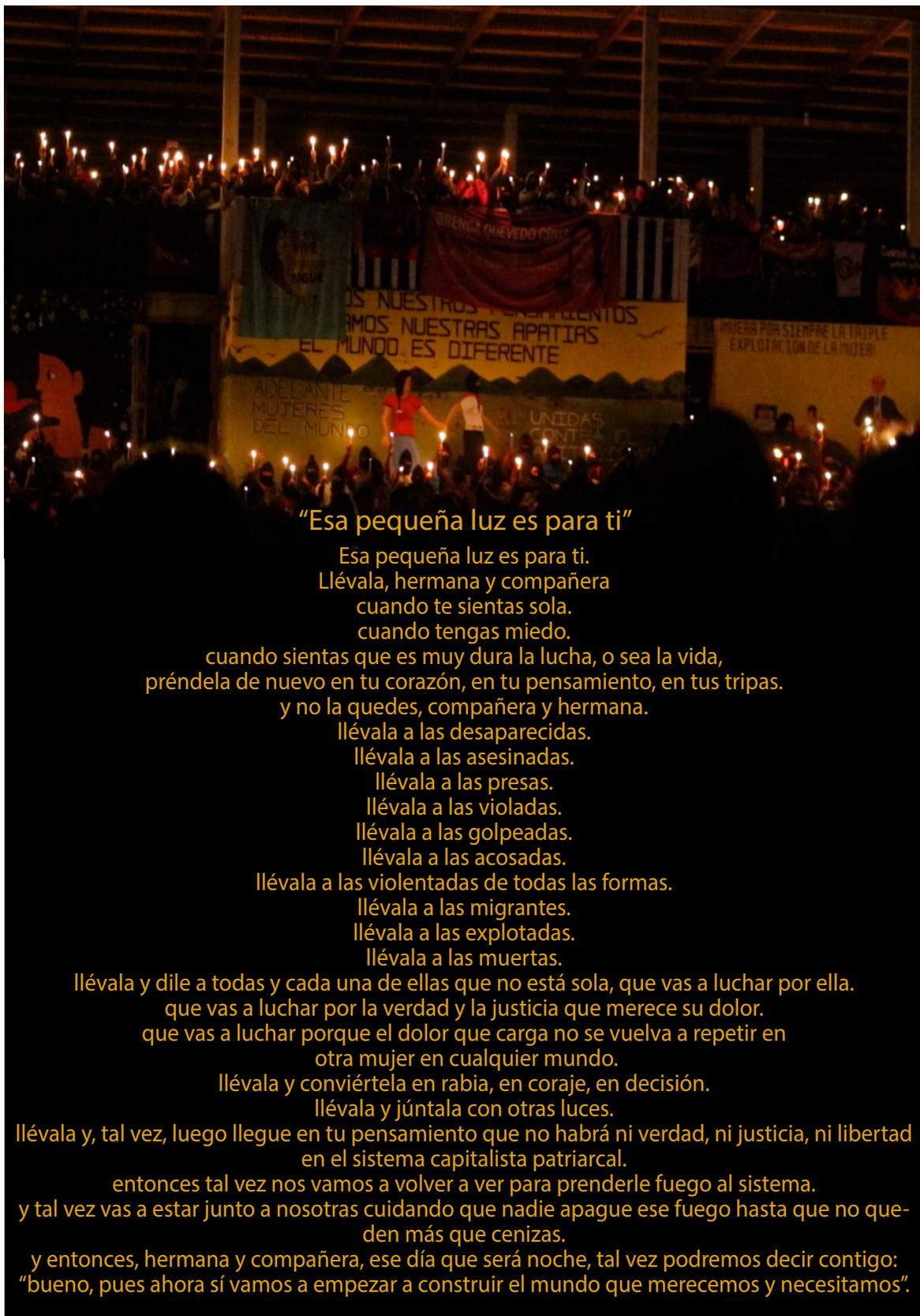




"L@s indígenas estamos atravesad@s por 500 años de colonialidad y resistencia"







"Esa pequeña luz es para ti"

Esa pequeña luz es para ti.
 Llévala, hermana y compañera
 cuando te sientas sola.
 cuando tengas miedo.

cuando sientas que es muy dura la lucha, o sea la vida,
 préndela de nuevo en tu corazón, en tu pensamiento, en tus tripas.
 y no la quedes, compañera y hermana.

Llévala a las desaparecidas.

Llévala a las asesinadas.

Llévala a las presas.

Llévala a las violadas.

Llévala a las golpeadas.

Llévala a las acosadas.

Llévala a las violentadas de todas las formas.

Llévala a las migrantes.

Llévala a las explotadas.

Llévala a las muertas.

Llévala y dile a todas y cada una de ellas que no está sola, que vas a luchar por ella.

que vas a luchar por la verdad y la justicia que merece su dolor.

que vas a luchar porque el dolor que carga no se vuelva a repetir en
 otra mujer en cualquier mundo.

Llévala y conviértela en rabia, en coraje, en decisión.

Llévala y júntala con otras luces.

Llévala y, tal vez, luego llegue en tu pensamiento que no habrá ni verdad, ni justicia, ni libertad
 en el sistema capitalista patriarcal.

entonces tal vez nos vamos a volver a ver para prenderle fuego al sistema.

y tal vez vas a estar junto a nosotras cuidando que nadie apague ese fuego hasta que no que-
 den más que cenizas.

y entonces, hermana y compañera, ese día que será noche, tal vez podremos decir contigo:
 "bueno, pues ahora sí vamos a empezar a construir el mundo que merecemos y necesitamos".





LA VIDA COTIDIANA DE LAS JORNALERAS EN SAN QUINTÍN, ENTREVISTA A AVELINA RAMÍREZ.

Autora: Blanca Estela Melgarito*

El 17 de marzo del 2015, las trabajadoras y los trabajadores de San Quintín decidieron cerrar la carretera Transpeninsular para reclamar derechos laborales mínimos, el 9 de mayo se generaron fuertes enfrentamientos entre los jornaleros y la policía, hubo varios heridos por balas de goma y 14 detenidos acusados de robo. Desde entonces, la lucha de las jornaleras y jornaleros por derechos mínimos no ha cesado. A pesar de la reticencia institucional, las trabajadoras y trabajadores consiguieron hacer efectivos algunos derechos que se consideraban conquistados desde el siglo XX, y que como nos permite ver este caso, son aún aspiraciones sociales para los mexicanos: jornada de 8 horas, un salario mínimo suficiente para el trabajador y la familia, la incorporación a la seguridad social (afiliación al Instituto Mexicano del Seguro Social), vacaciones, descanso dominical, y mejorar las condiciones de higiene.

*Becaria de la Fundación para la Ciencia y la Tecnología (Fundação para a Ciência e a Tecnologia)



El caso de San Quintín no es un caso aislado en el país, sino una muestra de las tendencias del mundo del trabajo en su expresión más mordaz. El pago del salario por el trabajo a destajo, extiende la jornada de trabajo porque las y los obliga a alargar sus jornadas, y al mismo tiempo, intensifica el trabajo porque los obliga a cosechar más en menos tiempo -lo que a su vez está dinamizado por la introducción de maquinaria novedosa por la agroindustria-, las jornaleras y los jornaleros ingresan a esta dinámica a fin de conseguir una remuneración medianamente suficiente para adquirir los bienes básicos para sus familias.

El salario de un/a jornalero/a varía de acuerdo a la región y al rubro, pero para noviembre del 2018, y de acuerdo con las entrevistas realizadas, se ubica entre los 100 y 150 pesos por jornadas que van de 10 a 15 horas al día, es decir, casi el doble de horas de trabajo si tomamos como base la jornada de 8 horas. Esta remuneración no permite a las familias hacerse de los bienes necesarios establecidos en la canasta básica, la cual se ubicó en 2016 en 218.06 pesos mexicanos (CAM, 2016), -aunque es importante tomar en cuenta, en el caso en comento, que los precios de canasta tienden a ser más altos en la península en la que se encuentra San Quintín por cuestiones geográficas y sociales- por lo que es común que la necesidad induzca a las familias a sumar los brazos de los niños y las niñas a las largas y duras jornadas de trabajo. La especificidad de esta labor no se reconoce en la Ley en la "Tabla nacional de profesiones y oficios", por lo cual no existe un salario legalmente establecido que reconozca la particular labor de las jornaleras y los jornaleros del campo.

La Encuesta Nacional de Jornaleros Agrícolas del 2009, mostró que en el país existen al menos 2 millones 40 mil 414 jornaleros agrícolas; 40 por ciento de ellos son indígenas. Éstos y sus familias representan una población total de 9 millones 206 mil 429 personas, de ellos, más de 2 millones, 762 mil 265 son migrantes. El 81 por ciento de los jornaleros y las jornaleras a los que la mencionada encuesta logró entrevistar, no cuenta con estudios a nivel básico. En cuanto a las condiciones de trabajo, el 90 por ciento no tiene un contrato; 48.3 por ciento tiene ingresos de tres salarios mínimos; 37 por ciento ganan dos salarios mínimos y 72.3 por ciento gana por jornal o día de trabajo; 23.8 por ciento recibe su pago a destajo. Es importante recordar que para 2016 con un salario mínimo se puede comprar solo el 33.5 por ciento de la canasta básica (CAM, 2016).



Por si fuera poco, las condiciones de vida en el lugar son deplorables, los trabajadores y las trabajadoras inhalan agrotóxicos tanto en las jornadas laborales como en sus improvisadas viviendas en las cercanías del lugar de trabajo, lo que ha generado ya repercusiones en la siguiente generación que tiende a nacer con problemas de salud. No cuentan con servicios de salud. No existe ninguna estabilidad en el empleo. En el caso específico de las mujeres, además de estas condiciones de trabajo, se enfrentan también al acoso laboral por su condición de mujeres y también al acoso sexual.

Actualmente, y como resultado de la persistencia de su lucha, han logrado la creación y reconocimiento del Sindicato Independiente Nacional Democrático de Jornaleros Agrícolas por parte de la Secretaria del Trabajo y Previsión Social. A través de esta representación buscan lograr el reconocimiento de su trabajo como una profesión por la Ley federal del trabajo, un salario profesional remunerador que tome en cuenta el costo de la vida en la región en el marco de los derechos laborales establecidos constitucionalmente, así como condiciones laborales que protejan la salud mediante la afiliación de las trabajadoras y los trabajadores al Instituto Mexicano del Seguro Social.

El caso muestra que si bien el derecho al trabajo remunerador está garantizado por la constitución y los tratados internacionales, lo cierto es que en la realidad, tanto la generación de empleos, como las condiciones de vida de los trabajadores está relacionada con la economía mundial a la que México se inserta en condición de dependencia, de allí que la superexplotación de la fuerza de trabajo, es decir, el pago por debajo del valor de la fuerza de trabajo, es la forma fundamental mediante la cual el capitalismo mundial pretende resolver la tendencia a la caída en la tasa de ganancia, y es en ese contexto que países como México, por la dinámica económica histórica, permite a las grandes compañías agroproductoras apropiarse de ventajas extraordinarias mediante la superexplotación de la fuerza de trabajo y la sobreexplotación de la naturaleza.

Una vez que se ha contextualizado el caso de las jornaleras y jornaleros de San Quintín en Baja California, México, pasamos a la entrevista. En noviembre del 2017 entrevistamos en San Quintín a Lorenzo Rodríguez y Avelina Ramírez del Sindicato Independiente Nacional Democrático de Jornaleros Agrícolas. Conversamos de varios temas, entre ellos la situación actual y retos del sindicato, los salarios y el poder adquisitivo, las condiciones de trabajo y de vida, entre otros.

Avelina Ramírez nos narró también la vida cotidiana de las mujeres jornaleras de San Quintín, quienes además de las condiciones de vida y trabajo generales a los asalariados a destajo en el campo mexicano, enfrentan también otra jornada de trabajo en sus hogares, además de la violencia de género en el trabajo y el hogar.



Avelina Ramírez

Jornalera en San Quintín, representante del del Sindicato Independiente Nacional Democrático de Jornaleros Agrícolas, e integrante de la Coordinadora Nacional de Defensoras de Derechos Humanos Laborales



E:-Avelina, ¿puede compartirnos cómo es la vida de las mujeres trabajadoras en San Quintín?

A: -Aquí en San Quintín, el trabajo de las mujeres es sumamente importante pero también es complicado, la mayoría de las mujeres vienen de pueblos originarios, creen que no tienen ni voz ni voto, muchas de ellas piensan que nacieron para obedecer, trabajar y permanecer calladas. En el 2015 vimos muchas mujeres en las calles y en los campamentos, fueron muy importantes en las movilizaciones, pero ahora regresaron a las labores cotidianas a sus trabajos y casas, sacarlas de ahí es difícil.

Entonces, además de los empresarios está el problema del machismo. Muchas mujeres sufren violencia familiar y nadie se da cuenta. Nosotros buscamos que ellas tengan la información no solo para defenderse de empresarios sino también del hogar y la violencia que viven en sus casas. En el hogar la mujer se esclaviza por el marido y por los hijos. Sale a trabajar al campo y regresa a la casa y sigue trabajando a las horas de la noche para poder darles a sus hijos lo que necesitan.

Aquí, en San Quintín, las mujeres nos levantamos a las tres de la mañana para preparar la comida, hacer las tortillas, hacer el lonche para los que se van a trabajar y para los que se quedan. Y si la mujer tiene bebé, tiene que salir a dejar al bebé a donde se los van a cuidar, no hay estancias infantiles, entonces los dejan con alguna conocida o alguien a quien le pagan para que se lo cuide, y se van a trabajar. Antes de las cinco de la mañana agarran el camión, desayunan y empiezan a trabajar, paran a almorzar a las 12 del día y siguen trabajando hasta las 6 de la tarde. Regresan a su casa y siguen con el trabajo de la casa. Es un círculo que no tiene fin.

Mientras el hombre llega, se baña, se cambia, puede salir a jugar fútbol, basquet, y la mujer no. No he encontrado a alguna mujer que me diga que una tarde o un domingo sale a dar una vuelta, o a platicar con una amiga, o al parque a tomarse un café, o comer una nieve. El domingo estamos pegadas al lavadero porque ya el lunes temprano se ocupa la ropa. No conozco a nadie que me diga: -mi marido se quedó en la casa, lavó los trastes y atendió a los niños. La vida de una mujer trabajadora en San Quintín es trabajo y más trabajo, si duerme más de seis o siete horas es mucho, difícilmente se duerme ocho horas.

Pero en los próximos días estamos preparando un evento para juntar a las mujeres, hablar entre nosotras y juntas motivarnos y valorarnos, sobre todo con las más jóvenes. Porque nosotras mismas tenemos que valorarnos. Esto es importante para que las mujeres sepan identificar si están pasando por violencia familiar. Tenemos que defender el derecho de ser mujer, porque las mujeres trabajadoras también tenemos derechos. Anteriormente no lo entendía porque yo no sufrí violencia doméstica, pero cuando uno entiende de derechos humanos, uno se da cuenta de la importancia de que las mujeres se valoren. Este evento es un reto porque no solo se trata del tema laboral, de defender nuestros derechos laborales, sino también de valorarnos.







NUESTRA PRAXIS